

«CANDIA», de *María Elena Aldunate*, Nascimento, 1950

María Luisa Bombal y María Carolina Geel han escrito novelas más o menos breves en que el sustantivo medular es el proceso, el acaecer—el tiempo en una palabra—en consonancia con la decantada técnica de Proust que toma cuerpo de filosofía en Bergson.

Nuestra nueva autora nos ofrece una «nouvelle». En escaso número de páginas objetiva una duración temporal en cuya atmósfera madura la vida de una adolescente, Candia, en quien es todo desvaído, hasta el amor, con su definitiva experiencia sexual.

Los capítulos de Candia tienen denominaciones de días y de noches intermitentes. Son doce. Comienzan por el cuarto y por la primera, y finan con el día vigésimo primero y la noche cuarta. Como en el teatro, entonces, supónense lapsos intersticiales.

María Elena es pechera de vaguedad, desde el retrato que hace de la protagonista hasta su difuminación en la escena donde sólo queda el pintor Mauricio tratando de asirse al recuerdo, esforzándose por concretar la desvanecida imagen de la amada: ésta deja algo esencial en su fuga, la gata Casandra, de quien el amante se apodera mientras se va «sin mirar hacia atrás, lentamente, por la calle que la lluvia había llenado de espejitos luminosos...».

Melodiosa y compacta de vivencias, en su depurada sencillez esta obrita es como una sinfonía. No son escasos los aciertos, ni dejan de ser atrevidos, aunque con castigada simplicidad, como «la noche, calzando babuchas de terciopelo, se paseaba por las paredes» o «en la sombra hay un corazón dormido que late sal-

vajemente» o «en la mirada de la gata estaban el tiempo y el recuerdo».

Sobresale en psicología animal. Casandra es importante. Para Candia lo es tanto como la hechicera homónima en la tragedia de Esquilo. Quizá como ésta misma, conozca los hados y no le importen gran cosa: «Qué extraños son los gatos, tan personales, tan ensimismados, tan llenos de importancia en sus actos, tan indiferentes; a veces, cuando, extáticos, contemplan las llamas, parecen tener algo fantástico, profundo, entre los acerados ojos, y otras se distraen con una simple gotera; cariñosos y elegantes, crueles, algo primitivo y salvaje queda en ellos».

La sustancialidad durativa es tan evidente, que de pronto la autora llega a antropomorfizarla, como de ordinario ocurre en la poética de Neruda: «Nada se mueve, todo parece esperar, hasta el tiempo ha cerrado los ojos».

El período en María Elena Aldunate es gradual e isócrono. Sucesivo. Conviene al acezar que se supone en el ser vivo del tiempo, «que con su respiración va gastando las cosas».

Prurito de buen gusto con sobriedad, María Elena nos depara un bello libro en edición bellísima.